


**Mía es la venganza**



# Mía es la venganza

MARIE NDIAYE

Traducción de Palmira Feixas

gatopardo ediciones 

Título original: *La vengeance m'appartient*

Copyright © Éditions Gallimard, París, 2021

© de la traducción: Palmira Feixas, 2021

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2021

Rambla de Catalunya, 131, 1<sup>º</sup>-1<sup>ª</sup>

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: octubre de 2021

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: *Counterparts* © Brooke DiDonato (2016)

Imagen de la solapa: © Francesca Mantovani

ISBN: 978-84-123021-5-8

Depósito legal: B 15541-2021

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**MÍA ES LA VENGANZA**



La letrada Susane supo enseguida que el hombre que el 5 de enero de 2019 entró tímidamente, casi temerosamente en su despacho, ya lo había conocido mucho tiempo antes y en un lugar cuyo recuerdo se le apareció con tanta precisión, con tanta brutalidad, que fue como si le dieran un golpetazo en la frente. La cabeza se le inclinó algo hacia atrás, de manera que no pudo contestar de inmediato al saludo —un murmullo avergonzado— de su visitante, y el azoramiento entre ellos se prolongó hasta después de que la letrada Susane se hubiera contenido, lo hubiera saludado amablemente, sonriente, cordial, reconfortante, como tenía por costumbre mostrarse, en un principio, con cualquiera que fuera a visitarla a su despacho.

En dos ocasiones se frotó la frente, maquinalmente, creyendo que tenía alguna herida leve y luego sin pensar más en ello.

Cuando, por la noche, sentada en la cama, se llevara de nuevo una mano lenta y pesada a la frente antes de detener el gesto porque, en realidad, no sentía ningún dolor, recordaría bruscamente cómo le había dolido ver entrar en su despacho a aquel hombre discreto, menudo, de rostro insignificante, igual que su cuerpo.

Su asombro fue considerable: ¿por qué había experimentado sufrimiento en lugar de alegría?

¿Por qué, tras haberse reencontrado treinta y dos años más tarde con alguien que la había cautivado, se había sentido como si quisieran matarla?

La letrada Susane escuchó a Gilles Principaux durante largo rato, sin dejar de pensar en varias ocasiones: Te conozco y conozco tu historia, confundiendo así su certeza de haber intimado bastante, antaño, con aquel hombre y con lo que sabía, por haberlo leído en la prensa, de la gran desgracia que lo abrumaba.

Durante aquella conversación, él no le permitió adivinar si recordaba haberla conocido, si, tal vez, aquel recuerdo lejano había influido en su decisión de acudir a ella.

Pues ¿de qué casos importantes podía alardear la letrada Susane?

¿Qué habría llevado —se preguntaba ella— a un hombre acomodado, devastado pero lúcido, a elegirla para la defensa de su esposa, si no era, tal vez, un brumoso, supersticioso sentimiento de lealtad a los instantes luminosos que les había regalado el destino?

Sin embargo, Principaux no dijo nada acerca de las razones de su elección, razones embrolladas y tontas.

Observó a la letrada Susane con una mirada huidiza, que fue volviéndose más rotunda a medida que contestaba a sus preguntas, y en aquella mirada clavada en su rostro la letrada Susane no logró entrever, pese a sus esfuerzos, ni la insinuación de un: Te conozco.

Como no podía preguntarle: ¿Por qué ha acudido a mí, si aquí en Burdeos no soy una abogada prestigiosa, teniendo en cuenta la gravedad del caso?, la letrada Susane le informó de que su esposa, Marlyne Principaux, imputada, debía aceptar oficialmente que ella la representara.



¿Estaba de acuerdo su esposa?

—Por supuesto —respondió él como si fuera evidente, con una expresión repentinamente tan adusta, tan antipática en sus rasgos contraídos, que por un instante la letrada Susane dudó de si tenía enfrente a aquel hombre a quien no había olvidado jamás.

—El letrado Lasserre, que hasta ahora era el abogado de mi esposa, no nos gusta ni a Marlyne ni a mí —le había dicho Principaux al llegar—. Por eso he insistido en cambiar, por el bien de Marlyne.

Cuando Principaux se levantó para marcharse, ella le preguntó si tiempo atrás había vivido en el barrio de Caudéran.

—Sí —dijo—, de joven, ¿por qué?

Entonces le sonrió y toda su cara se animó alegremente, puerilmente, dotada de repente de un encanto que la letrada Susane percibió con presteza, dado que ese mismo rostro, un minuto antes y para su viva decepción, le había parecido casi repulsivo.

Pero ¿por qué debía sentirse decepcionada de que Principaux fuera aquel de quien se acordaba o de que no tuviera nada que ver con todo eso?

Ella, desprevenida, le contestó que en su infancia había conocido a una familia de Caudéran.

No le hizo falta oír cómo exclamaba: ¡Hay muchas!, para darse cuenta de lo absurda que había sido su respuesta.

Mucha gente, en efecto, vivía en Caudéran.

*¿Quién era, para ella, Gilles Principaux?*

*¿Cómo saberlo, cómo fiarse de esa intuición exaltante, hiriente, inquietante de que él había sido el adolescente de quien ella se había prendado para siempre, antaño, en una casa de Caudéran que hoy sería incapaz de reconocer?*

La letrada Susane se sorprendió balbuciendo.

—¿Cómo se llamaba aquella familia? —le preguntó Principaux con una expresión de esperanza excitada, como si ya se regocijara por una relación que no dejaría de establecer entre esa gente y él, incluso, pensó ella, como si ya se regocijara ante la perspectiva de tener que inventarse y hacer plausible, llegado el caso, una relación entre aquella familia y él, para concederle a la letrada Susane el placer de la complicidad, de un vínculo entre ellos.

—No lo sé, bueno, ya no lo sé —susurró la letrada Susane.

Por último, retomando su tono de abogada, le dijo que quedaba a la espera de la carta de la señora Principaux con la que la designaría para su defensa.

Abrió la puerta y se apartó para dejarlo salir.

Entonces él se apoyó en el marco y, con una voz lánguida, cavernosa, murmuró:

—Solo usted puede salvarnos.

Más tarde, la letrada Susane dudaría de su memoria, ya que no lograría recordar si había dicho «salvarnos» o «salvarme».

El hombre añadió algo banal como:

—Nos va a sacar de esta pesadilla, ¿verdad?

La letrada Susane se quedó atónita.

Desde luego, comprendía perfectamente su esperanza de que los librara de los efectos de un error judicial atroz, de una equivocación espantosa.

Pero, en ese caso en particular, la pesadilla no era fruto de ninguna confusión, de ningún malentendido, sino que era la vida misma de aquel hombre, y los hechos que quebraban esa vida habían ocurrido y no tenían vuelta atrás, puesto que los muertos no iban a abandonar su sueño para nacer por segunda vez.

¿Acaso Principaux deseaba que lo despertaran?, se preguntó.

¿Realmente creía que en su vida futura una mañana clara y despejada sus hijos correrían de nuevo a su encuentro, intactos, alegres y cándidos?

¿De qué sueño exactamente quería liberarse, gracias a la letrada Susane?

Cuando aquella noche regresó a su casa, el tranvía no funcionaba a causa de la lluvia gélida.

Hasta la víspera, cuando se percataba de que los zapatos resbalaban en el pavimento helado, su primer pensamiento habría sido para Sharon.

Espero que haya podido coger el tranvía a tiempo, habría pensado la letrada Susane, a quien no le gustaba ver a su empleada del hogar marcharse en bici una noche gélida.

Pero aquella noche no pensó en Sharon, pues estaba demasiado atareada rememorando cada detalle de la visita de Principaux, ansiosa al constatar que algunas de las palabras que él había pronunciado no se habían grabado en su memoria (¿había dicho «mi mujer» o «mi esposa»?; ¿había dicho su nombre de pila o la letrada Susane creía recordarlo porque había leído el nombre Marlyne en el periódico?), y con prisa por llegar a su casa para apuntar todo lo que tenía en la cabeza.

¿Quién era Gilles Principaux para ella?

De manera que al abrir la puerta de su casa, al descubrir el pasillo, el salón, la cocina completamente, visiblemente iluminados, sintió verdadero pavor, ya que se dijo que tal vez Sharon aún estaría allí, a pesar de que no funcionaba el tranvía y a pesar de que la letrada Susane siempre le había dicho que podía marcharse cuando quisiera, hubiera terminado o no el trabajo (tan escaso, a decir verdad).

La letrada Susane siempre le había dicho o le había dado a entender a Sharon que prefería que esta cuidara plá-

cidamente de sus hijos, ayudándolos con los deberes o pensando sensatamente en su porvenir, a encontrársela en su casa a una hora tardía.

Me incomoda, no se atrevía a decirle la letrada Susane, que considere usted indispensable fregar una bañera en la que nunca me sumerjo, limpiar cada semana los cristales impolutos a través de los cuales nunca miro, o el cuarto de baño que limpio yo escrupulosamente cada día para que usted no deba sufrir jamás el más mínimo contacto con mi intimidad, sí, no se atrevía a decirle la letrada Susane, me incomoda horrores que se tome usted al pie de la letra mi deseo de emplear a alguien que se ocupe de mi casa y que, por una cuestión de honestidad, encuentre la manera de pasarse horas y horas perfeccionando maniáticamente lo que yo ya he hecho por decencia, por pudor, me incomoda, sí, la letrada Susane no podía decirle a Sharon que hasta entonces nunca había experimentado la necesidad de tener una empleada del hogar, que incluso albergaba innegables prejuicios frente a dicha necesidad.

Sharon, le doy trabajo por una cuestión de principios, para ayudarla y apoyar una causa que defiendo, así que no es necesario que se muestre usted escrupulosa, honrada, irreprochable, como si temiera que yo no estuviese satisfecha con usted; siempre lo estaré, Sharon, porque la verdad es que no le pido nada, no le decía la letrada Susane, también por decencia, aunque de otra clase.

El desconcierto que le había provocado un vuelco en el corazón no se había aplacado cuando Sharon fue a su encuentro en el pasillo.

La letrada Susane le dio un breve abrazo, como tenía por costumbre, sintió cómo su corazón chocaba contra el pecho mudo, tranquilo, imperturbable de Sharon, siempre fuerte, resignada y alegre, que no manifestaba jamás que su vida fuera más difícil que la de la letrada Susane.

A veces, incluso le parecía que Sharon se compadecía de ella.

En cualquier caso, la letrada Susane había logrado convertir esa suposición en algo chistoso cuando la invitaban a cenar y debía corresponder con historias graciosas, o eso pensaba, dado que ella nunca recibía en casa.

Entonces, exaltada y cínica, guasona y afligida, soltaba:

—¡Pues mi Sharon no me envidia en absoluto, al contrario!

Y sus amigos se reían y, acto seguido, adoptaban una expresión grave para tratar de analizar las razones que impedían a Sharon darse cuenta de hasta qué punto la letrada Susane la superaba en el plano de la felicidad, las razones que impedían a Sharon comprender que debería desear ser como la letrada Susane en lugar de una mauriciana sin permiso de residencia, agraciada pero lastrada por dos hijos con un futuro de lo más incierto y un marido que, según intuía la letrada Susane, padecía una profunda depresión.

Pero ¿acaso no era un puro ensamblaje especulativo?

Porque Sharon siempre le mostraba una expresión serena y el corazón le latía con suavidad y de manera casi imperceptible cuando la letrada Susane la estrechaba contra ella, con su corazón salvaje intentando en vano desviar el de Sharon, llevarla a su nivel de ardor y de rebeldía, ¿con qué propósito?

La letrada Susane no lo sabía.

—Sharon, debería haber regresado a su casa, esta noche ya no hay tranvías.

La letrada Susane apagó las luces absurdas del techo.

Sharon, no hace falta que encienda todas las luces del piso, tampoco eso le decía la letrada Susane, porque esa muestra de respeto hacia mí, esa consideración que cree

que debe mostrar a su jefa que vuelve tarde y cansada iluminando a lo grande su aparición no se ajusta a mi espíritu frugal, ahorrador, sobrio en los pequeños actos de la vida cotidiana, no, Sharon, de verdad, encienda únicamente las luces indispensables para hacer su trabajo, no le diría jamás de los jamases la letrada Susane.

Sentía tanto cariño por Sharon que pensaba que por esas pequeñeces no merecía la pena arriesgarse a descubrir en los ojos de color gris verdoso de la joven la sombra de una decepción o de cualquier indicio de ansiedad.

Lo que abrumaba a la letrada Susane era que Sharon pudiera temer algo por parte de ella.

Trabajo para usted, Sharon, nunca le infligiré la menor vejación y no le doy ninguna orden, decía calladamente la letrada Susane con la esperanza de que esos pensamientos caritativos, impetuosos, fervientes salieran de su mente como huevos en el frezadero: entonces los sueños de Sharon, sus emociones insondables se unirían a las declaraciones silenciosas de la letrada Susane y tal vez esta experimentaría cierta esperanza, consecuencia de la fusión virginal, inexpressada, de la angustia y de la confianza.

Nunca la dejaré en la estacada, Sharon, crea en mí, pensaba intensamente la letrada Susane.

—La acompañaré a casa —le dijo a Sharon.

Al verla repentinamente inquieta, añadió:

—Como le decía hace un momento, el tranvía ya no circula, las vías se han helado.

—No es posible, gracias, tengo la bici, no cabe en el coche —dijo Sharon.

¿Por qué a la letrada Susane a menudo le daba la impresión de que ella no quería mantener ninguna clase de relación fuera de las cuatro paredes del piso?

¿Acaso creía y temía (¿y por qué?) que la letrada Susane deseaba ser su amiga?

La letrada Susane no lo pretendía en absoluto.

Pero una vez se cruzó con Sharon y sus hijos en un hipermercado de Lac, y el hecho de que Sharon fingiera claramente no haberla visto la había herido.

*Sharon, no corre usted ningún peligro aceptando reconocerme, saludarme, presentarme a sus hijos, que se parecen a usted en gracia y en belleza, ¿cómo podría causarle algún daño?, ¿cómo podría desear someterla a algún maleficio?*

*No tengo ningún interés en darle trabajo, Sharon, me sale caro y no me gusta que me sirvan.*

*Simplemente quiero hacer el bien a mi manera, Sharon.*

La letrada Susane se sacó el abrigo cubierto de gotas glaciales, lo colgó en la percha de la entrada antes de que Sharon pudiera quitárselo de las manos.

La joven, menuda, estrecha de cara, de hombros y de cadera, como si hubiera decidido ocupar un espacio muy limitado en el mundo, levantó su mirada glauca y dulce, atormentada, hacia la letrada Susane, que era alta y corpulenta, imponente y segura de sí misma.

—La acompañaré en coche —dijo con tiento la letrada Susane—, y mañana por la mañana puede coger el tranvía y venir a recoger la bici.

—¡No! —gritó Sharon con una especie de desesperación feroz, implacable, que desconcertó a la letrada Susane—. No me va bien —añadió Sharon despacio—, pero gracias, gracias, gracias.

La letrada Susane alzó la mano, conciliadora y humilde, tremendamente incómoda.

A continuación, una vez olvidado el rifirrafe (salvo por parte de la letrada Susane, que por temperamento tendía a recordar eternamente lo que no había ninguna necesidad de recordar y a difuminar los recuerdos más placenteros), Sharon adoptó una voz alegre para describirle a la letrada Susane lo que había hecho durante las horas de trabajo en

aquel piso de la Rue Vital-Carles de aspecto imponente (parqué en espiga, chimenea del siglo XVII, ventanales con cuarterones), desde luego, pero de escasa superficie, cuarenta metros cuadrados que debían de haber arrebatado a una vivienda de lujo dividida recientemente para poder venderla mejor.

La letrada Susane era consciente de que no había ningún motivo racional para tener en casa a una Sharon enérgica, rebosante de brío y de entusiasmo, decidida a demostrar que su fuerza de trabajo se explotaba de manera útil, incluso necesaria.

La letrada Susane era consciente de que no necesitaba el vigor, la juventud, las aptitudes de Sharon, era muy consciente de que todas esas cualidades se malograban en su casa, donde literalmente no había nada que hacer.

Pero ¿de qué otro modo podía proceder?

Se encargaba del expediente de Sharon, de la solicitud de un permiso de residencia para toda su familia.

—Pues hasta mañana, entonces —le dijo—. Gracias, Sharon, tenga cuidado con la bici.

De repente agarró la manita de Sharon, la acercó hacia ella y susurró:

—¿Sabe?, voy a llevar un caso gordo. Una mujer que mató a sus tres hijos, muy pequeños, tres críos, imagínese.

Sharon apartó la mano con un gesto brusco, mientras daba un salto hacia atrás, protegiéndose de la letrada Susane, de su aliento, de sus palabras, de su extraño ímpetu, tal vez.

—¡Qué horror! —farfulló con una voz llena de aversión y de frialdad.

Y quedó tan claro como si hubiera cerrado los ojos y se hubiera tapado las orejas: ¡Ay, no quiero saber nada más!

Se dio la vuelta, descolgó su chaquetón del perchero, se inclinó para calzarse las botas forradas.



La letrada Susane se dio cuenta entonces de que el cuello del chaquetón, por lo demás muy ligero para el invierno, no protegía el cuello fino, dorado y palpitante de Sharon.

Fue corriendo a su cuarto, de donde regresó con una bufanda de cachemira naranja.

Se la había regalado su madre. La letrada Susane no se la había puesto nunca, dudaba de su encanto para lucir semejante fuego en el cuello.

Sin decir palabra, anudó la bufanda al cuello de Sharon.

*No le digo nada, Sharon, porque no quiero que rechace mi bufanda, no quiero discutir con usted sobre el hecho de que podría resfriarse esta noche volviendo en bici a Lormont.*

Sharon también guardó silencio, dejándose hacer como una niña impotente condenada a sufrir la inexplicable violencia de los adultos, y la letrada Susane sintió o creyó sentir a través de los dedos, mientras anudaba las dos puntas de la bufanda en la nuca de Sharon, que el frágil esqueleto de la joven temblaba de espanto o de repulsión.

La víspera, aún, le habría resultado profundamente hiriente.

*¿Qué tengo, Sharon, que le impide quererme cuando yo la trato con sumo respeto y me encargo generosamente de su caso, habida cuenta de que no me va a pagar por mi trabajo? Sharon, ¿no se le ha pasado por la cabeza que podría haberle exigido que me remunerase por llevar su caso, y usted se habría quedado sola y desamparada, porque no tiene dinero, y yo no me habría ocupado de su problema y jamás me habría metido en su vida? ¿Cómo puede pretender, Sharon, que no tiene ni idea de la situación? ¿Cómo puede usted ser tan valerosa y ligera, tan meticulosa e ingrata, tan impresionable en general y tan indiferente a mí? ¿Acaso no soy una mujer como usted, Sharon?*

Sí, todavía la víspera, el comportamiento de Sharon la habría afectado hasta tal punto que se habría comido con rencor y tristeza la cena que le había preparado su empleada.

Se habría tragado la amargura, la tristeza, un plato de lágrimas, las suyas, avergonzadas y humillantes, incapaz de saborear los alimentos que Sharon sazonaba de manera exquisita, demasiado abrumada como para consolarse pensando que ella no habría podido cocinar así para alguien a quien odiara. Sharon no debía de odiarla, pues, y la letrada Susane era tonta y demasiado sensible.

Aquella noche, dejó sin inmutarse que Sharon se marchara a su manera furtiva, tensa, hostil, como si entre ellas hubiera un gran conflicto del que no hablaran.

Cerró la puerta y sus pensamientos empezaron a divagar lejos de Sharon.

Recalentó el arroz frito, las gambas con jengibre, el cerdo salteado con ajo y las zanahorias muy tiernas.

Y mientras, concentrada en Principaux, se olvidaba de Sharon, o más bien la relegaba a un rincón de su mente donde nada la apesadumbraba, se deleitó con la cena como pocas veces.

Sin embargo, aunque siempre había dormido bien, aquella noche la desveló una pregunta que no dejaba de atormentarla: ¿por qué Principaux había acudido a ella?, ¿de qué la conocía?

¿Debía interpretar esa elección como el deseo de Principaux de que su mujer tuviera la mejor defensa posible o como su páfida intención de que no fuera así?

Pues la letrada Susane había abierto su bufete el año anterior, tenía pocos clientes aún, casos sin interés.

De haber estado en el lugar de Principaux, pensó, habría acudido a abogados cuyos éxitos en casos difíciles conocía todo el mundo; pero desde luego no a la oscura letrada Susane, quien, a sus cuarenta y dos años, podía parecer una novata.

Cualquier abogado de prestigio habría aceptado, gustoso, defender a Marlyne Principaux, mientras que la letra-

da Susane, estando al corriente de la historia, tendría que haberse conformado con soñarlo.

¿Quién era Gilles Principaux para ella?

¿Quién era la letrada Susane para Principaux?

¿Acaso guardaban los mismos recuerdos, se preguntó, o ni él ni ella eran ya la persona que el otro creía recordar?

Poco antes del amanecer, justo cuando estaba retomando el sueño, aunque apenas le quedaban dos horas para levantarse, se le apareció la imagen de la grácil Sharon pedaleando hacia Lormont por las calles heladas, apresurándose por llegar a su hogar, del que era el puntal, según creía la letrada Susane.

Entonces no pudo evitar imaginarse que Sharon se había caído al suelo, que le brotaba sangre de la cabeza y manchaba la bufanda naranja y que demostraría la insensibilidad de la letrada Susane, pues ¿acaso una jefa considerada no habría insistido para que su empleada permaneciera a cubierto, en lugar de conformarse con anudarle una bufanda al cuello antes de arrojarla al peligro de las calles?

La letrada Susane se revolvió varias veces en la cama.

Estaba armando su propia defensa: Yo quería que se quedara, se lo propuse varias veces, ella se negó de esa manera tan suya, como si prefiriera morir a...

Nadie se creería semejante versión, se hundiría, pensó la letrada Susane con un sentimiento de tristeza y de torpeza que tiñó sus sueños hasta la mañana.

A las ocho ya estaba fuera de nuevo, todavía estaba oscuro, caminando con el viento gélido en contra, hasta el aparcamiento Tourny, donde estacionaba el coche.

Por pura coquetería, la letrada Susane daba a entender a sus amigos que la categoría de su vehículo le traía sin cuidado, que no le importaba en absoluto conducir un Twingo de veinte años lleno de abolladuras, que incluso disfru-

taba mostrándose indiferente a cuestiones de prestigio tan convencionales.

A la letrada Susane le encantaba que sus amigos se la imaginaran así: independiente, alocada, libre de espíritu, con la esperanza, en su fuero interno, de que esas apreciaciones acabarían modelándola, obligándola a ajustarse a ellas y que realmente se convertiría en una mujer con un encanto algo excéntrico.

La letrada Susane era consciente de que, en ese sentido, albergaba fantasías.

Soñaba con tener los medios necesarios para comprarse un coche bonito, grande, fastuoso.

Le había cogido manía a su viejo Twingo gracioso; de hecho, se daba cuenta de que a sus padres no les gustaba que siguiera circulando con un coche así, cuando la consideraban próspera, pues así se mostraba ante ellos, así les contaba su vida y sus negocios (¡ay, cuánto los quería!).

Sus padres vivían en La Réole, donde había transcurrido la infancia y la adolescencia de la letrada Susane.

Si el señor Susane, empleado municipal, había visto con buenos ojos que su única hija empezara una carrera universitaria, era porque le parecía evidente que acabaría siendo funcionaria, y se regocijaba comentando, a modo de sutil fanfarronada de hombre humilde:

—¡Algún día será mi jefa en el trabajo, me dará órdenes!

A la letrada Susane siempre le había parecido que su padre, amable y dulce, no podía imaginarse un éxito más arrollador que el de su hija dirigiendo el trabajo de hombres de su clase.

A menudo decía, orgulloso y humilde:

—Ella sabe más que nosotros.

Una ambición más vasta, confusa, desgarrada, había incitado a la señora Susane a seguir, lo más cerca posible,

los estudios de su hija, animándola, estimulándola, pese a que, de joven, la letrada Susane había sufrido bastante por su tendencia a trabajar en exceso, pese a que no había tenido ninguna necesidad de que la animaran ni la estimularan, sino que hubiera preferido que la apaciguaran, que la contuvieran en su frenesí de trabajadora incansable, a pesar de que las exhortaciones de la señora Susane, a la vez cariñosas, preocupadas y desordenadas (dado que no entendía lo que estudiaba su hija, apenas lo intuía con pavor), a menudo la habían llevado al borde del agotamiento nervioso.

La letrada Susane había sentido entonces, con tristeza y angustia, que por poco (¿su amor infinito por ellos?, ¿su orgullo?) no había caído en lo que su madre temía y trataba de evitarle torpemente: el abandono de las aspiraciones elevadas, el repliegue en una carrera mediocre, reconfortante, acorde con su destino social.

¡Cuánto los quería!

¡Tan dolorosamente a veces!

La comprendían de manera tan profunda y, sin embargo, tan poco respecto a cómo deseaba ser comprendida la letrada Susane: en sus debilidades cotidianas, que ellos no veían, en sus temores, que ellos no se podían ni siquiera imaginar.

¡Los quería tanto, tan dolorosamente, que a veces soñaba, afligida, desdichada y culpable, con su pérdida!

Como los quería tanto, ¿qué iba a hacer sino mentirles o, al menos, presentarles una versión seductora de su existencia, del mundo en general, para ahorrarnos el dolor de la verdad?

Sin embargo, ¿quiénes eran ellos, se preguntaba la letrada Susane, para que les ahorraran el dolor de la verdad, para que los protegieran de sus diversas ignorancias, dejades y otras condescendencias religiosas respecto a la vida dura y auténtica?